

Letras bordadas con seda y oro: los intelectuales latinoamericanos frente al asedio de la democracia (1870-1900)

Letters Embroidered with Silk and Gold: Latin-American Intellectuals Facing the Siege of Democracy (1870-1900)

Letras rendadas com seda e ouro: os intelectuais latino-americanos em frente do assédio da democracia (1870-1900)

Hernán Feldman

EMORY UNIVERSITY

Profesor del departamento de Español y Portugués en Emory University,

Atlanta. Doctor en literatura latinoamericana, Indiana University.

Autor de *Una patria amurallada: políticas de contención en la Argentina aluvial (1870-1904)* (Prometeo Libros, 2011), “La cesura imposible: la cuestión de fronteras en la cultura argentina (1870-1889)” (*Modern Language Notes* 124.2, 2009) y “La digresión en crisis: *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla” (*Hispanérica* 115, 2010). Correo electrónico: feldman@emory.edu

Artículo de reflexión

El artículo consiste en una expansión a escala latinoamericana de observaciones que realicé para el caso argentino y que están consignadas en mi libro *Una patria amurallada*.

SICI: 0122-8102(201307)17:34<163:LBSOIL>2.0.TX;2-2

Resumen

El presente ensayo se plantea como meta estudiar las estrategias discursivas empleadas por una buena parte de la intelectualidad latinoamericana para desafiar los acelerados cambios que se estaban produciendo en la sociabilidad urbana a fines del siglo XIX. En particular, el artículo explora las modalidades retóricas de las que echaron mano los hombres de letras de la época para calificar los límites del término *democracia*, con la esperanza de que estas intervenciones discursivas acotaran el acceso a los espacios de influencia en los que nuevos actores sociales pugnaban por ingresar.

Palabras clave: democracia, intelectuales, Latinoamérica, exclusión, retórica.

Palabras descriptor: democracia, intelectuales, retórica, literatos, América Latina, siglo XIX.

Abstract

The present paper studies narratives strategies used by a fair part of Latin-American intellectuals in order to defy the rapid changes taking place in urban society in the late nineteenth century. Furthermore, the paper explores the rhetoric models men of letters used to qualify the limits of the notion of *democracy*, with the hope that these discursive interventions would limit the access to places of influence where new social actors struggled to enter.

Keywords: Democracy, Intellectuals, Latin America, Exclusion, Rhetoric.

Keywords plus: Democracy, intellectuals, rhetoric, Latin America, XXIth century.

Resumo

O presente ensaio propõe-se como meta estudar as estratégias discursivas empregadas por uma grande parte da intelectualidade latino-americana para desafiar as aceleradas mudanças que estavam se produzindo na sociabilidade urbana de finais do século XIX. Em particular, o artigo explora as modalidades retóricas das que os homens de letras da época deitaram a mão em qualificar os limites do termo *democracia*, com a esperança de estas intervenções discursivas delimitar o acesso aos espaços de influência nos que novos atores sociais puniam por ingressar.

Palavras-chave: democracia, intelectuais, Latino-américa, exclusão, retórica.

Palavras-chave descritores: Democracia, intelectual, retórico, literário, América Latina, século XIX.

RECIBIDO: 25 DE SEPTIEMBRE DE 2012. EVALUADO: 10 DE OCTUBRE DE 2012. ACEPTADO: 17 DE OCTUBRE DE 2012.

EN *LAS MÁSCARAS DEMOCRÁTICAS DEL MODERNISMO*, Ángel Rama aludía a la conocida problemática de la actitud ideológica adoptada por las clases letradas frente a la transformación que las principales ciudades latinoamericanas venían experimentando hacia fines del siglo XIX. A raíz de migraciones regionales e internacionales impulsadas por nuevas tecnologías de transporte, en efecto, ciertas ciudades comenzaban a erigirse en el lugar al que arribarían nuevos actores deseosos de incorporarse a un entramado productivo que no siempre se encontraba preparado para satisfacer la creciente demanda laboral y habitacional resultante. En el seno del ámbito intelectual que gravitaba en estas ciudades, el fenómeno en cuestión solía traducirse en inflexiones discursivas que, a pesar de la versatilidad de sus registros, pugnaban por activar una idéntica voz de alarma. Alarma que, sin duda, alcanzó su mayor estridencia en las zonas del continente que resultaron más expuestas a la creciente afluencia de inmigración europea. “Prácticamente no hubo intelectual altamente educado que no se sintiera agredido por esas masas que ignoraban todo del pasado americano, se desentendían de sus valores particulares y se aplicaban a asegurar su situación económica sin mayor respeto por los símbolos tradicionales” (Rama, 17). El hecho de que los países en cuestión contaran, a excepción de Brasil, con una prolongada tradición democrática formal –que, en muchos casos, estos mismos intelectuales habían ayudado a configurar– no ayudaba a que se aplacara el tronar del descontento.

La exploración de aquellas áreas críticas en las que la intelectualidad latinoamericana intervino para forjar un lenguaje común que pudiera dar cuenta de los fuertes cambios sufridos por la sociabilidad vernácula será la hoja de ruta que guiará este ensayo. En principio, dicha exploración se propone sugerir que, si diferentes grupos de intelectuales se sentían hasta tal punto interpelados por la palabra *democracia*, no parece justo circunscribir ese fenómeno a la literatura modernista. La evidencia que he podido compulsar, de hecho, insinúa que esa agresión que parece experimentar cierto círculo selecto –de límites bastante nebulosos, por cierto– bien puede incluir al modernismo más como un dato anecdótico que como un atributo inherente a tal o cual expresión literaria. Dicho de otro modo, entiendo que el modernismo y la irrupción de las preocupaciones por la democracia son ocasionales compañeros de ruta, pero entiendo asimismo que sería exagerado sostener que entre ellos existe una suerte de maridaje sustantivo. El modernismo coincide con el fenómeno de aldeas devenidas en metrópolis, con migraciones masivas, con una creciente circulación de libros y noticias, y quizás, en ese sentido, sea este expansivo movimiento literario la lógica consecuencia de ingentes procesos que acompañaron su desenvolvimiento.

En el ojo del huracán, encontramos a adustos hombres de letras; portadores de credos republicanos que ellos mismos se encargaron de forjar en momentos en los que sus vidas transcurrían en aldeas señoriales que, a primera vista, parecían encontrarse bien lejos de llegar a convertirse algún día en ciudades populosas.¹ Digamos entonces que la rústica aristocracia criolla de pronto se vio expuesta a una agudísima aceleración de los tiempos. Las causas profundas del temor resultante las podemos hallar en el ingreso de factores y actores en la sociabilidad de estas ciudades latinoamericanas a una velocidad que ni la más atrevida de las imaginaciones de la hora podría haber anticipado. Como corolario en alguna medida natural, para más de un hombre de letras se daba el caso de tener que reacomodar las ideas pretéritas a fin de que estas sirvieran dentro de nuevas realidades; sin cometer el despropósito de traicionar completamente los ideales de la juventud, por un lado, aunque prestándole mucha mayor atención a la propia supervivencia, por el otro. Si el fin del siglo XIX asistió a una explosión de intervenciones con guiones diversos pero con idéntico pesar frente a la palpabilidad del peligro que suponía la creciente presencia de cierta atmósfera democrática, quisiera sugerir que ese peligro merece ser interrogado aún por fuera del marco del modernismo. Más aún lo amerita si los modos de dar cuenta de él, como pretende demostrar este ensayo, abarcaban un ámbito de tal amplitud, y un registro de tal magnitud, que la elaboración de una abigarrada matriz de signos y convenciones discursivas se había hecho no solo posible sino fundamentalmente necesaria.

El peligro parecía radicar en lo que el grueso de la intelectualidad de la hora atinaba a equiparar, quizás para mantener su credo republicano intacto, con ciertos males generalmente asociados a una lectura amplia de la palabra *democracia*. Así lo entendía Lucio V. López, quien en su encendido discurso de colación de grados de 1891, pronunciado en homenaje a los abogados egresados de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, clamaba por retornar a las virtuosas tradiciones del pasado argentino. Denunciaba, además, el advenimiento de una irrefrenable ola invasora que, encaramada en la liberalidad constitucional argentina, bien podría algún día hacer pie en la arena política. “Nuestras democracias sudamericanas”, afirmaba López, “corren el peligro de hacerse plebeyas e ignorantes; y los esfuerzos de los hombres de pensamiento, deben dirigirse a

¹ Una aproximación de gran utilidad en torno al tema del republicanism en Hispanoamérica se puede consultar en *Las repúblicas de aire*, de Rafael Rojas. Para el caso brasileño, véase *Os bestializados*, de José Murilo de Carvalho.

prevenir los estragos de este género de democratización” (287-288).² Un año más tarde, López escribiría una carta-prefacio al libro de Augusto Belín Sarmiento *Una república muerta*; carta que, impregnada de análogas advertencias, dotaba las precauciones consabidas de un tono esperanzador que salvaguardara la vida de aquella república que Belín Sarmiento se apresuraba en dar por fallecida.

En la obra en cuestión, Belín Sarmiento no hacía más que continuar la tarea que su abuelo Domingo Faustino había comenzado en la madurez, cuando las esperanzas de este sobre el elemento inmigratorio se venían dando de bruces contra una realidad un tanto más compleja que la que había imaginado en sus escritos de juventud. Así, Belín Sarmiento retomará los argumentos que ya se habían constituido en la marca registrada del sector intelectual del momento: la existencia de colonias extranjeras en el país (entendidas como núcleos impermeables a la cultura criolla), la negativa de los extranjeros a adoptar la ciudadanía argentina, la desatinada admiración que el nativo profesaba por todo lo extranjero, la obsesión por el lucro de los recién llegados, y la inevitable insinuación, con visos de augurio profético, de un horizonte preñado de borrascas. Para Belín Sarmiento, en definitiva, se hacía imperativo inculcar en el inmigrante la idea de que ser argentino era un honor: “de ello depende nuestro porvenir, pues es claro que en veinte años más la masa numérica de inmigrantes de reciente data ha de ser superior en número, quizá en riqueza, y no inferior en civilización a la masa de argentinos” (149).

Pero si Belín Sarmiento coincidía con sus pares en juzgar al elemento inmigrante como pernicioso ingrediente que hacía su sordo ingreso en la olla podrida de una democracia mal avenida, agregaría a esto una idéntica censura del efecto que el largo pasado indígena habría ejercido sobre la formación de las instituciones democráticas en el país. “¿Cuál pues de las tradiciones europeas”, se pregunta Belín Sarmiento, “pudo conservarse en este medio ambiente, y qué extraño es que a medida que la democracia se mueve, aparezca la tela sucia en que están bordadas con seda y oro nuestras libérrimas instituciones republicanas?” (146). En sintonía de pareceres con los hombres de su tiempo, Belín Sarmiento ubicaría a un pequeño núcleo social –en cuyo haber no podía faltar un respetable linaje criollo– en el centro de gravedad de un sistema en el que la democracia bien entendida reinaba sin atenuantes. Satélites distantes de ese núcleo criollo se encontrarían habitados por las sospechosas trazas indígenas de quienes detentaban un excesivo linaje

2 El trabajo que con mayor lustre intelectual se dedica a estudiar el discurso elaborado por las aristocracias letradas de Buenos Aires de cara a su creciente pérdida de protagonismo es el de Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la “cultura científica”*.

telúrico, por un lado, y los recién llegados –europeos, blancos, pero peligrosamente ajenos a las tácitas reglas que gobernaban los contornos de la sociabilidad argentina–, por el otro.

Todo lo dicho no implica que fuera imposible para un europeo complacer las peculiares y altisonantes exigencias de la camarilla local. Por el contrario, era precisamente la alarmante permeabilidad del núcleo duro, así percibida por el circunspecto grupo de notables nativos, la que hacía posible la letanía de la que estamos hablando. Extranjeros como Émile Daireaux o Paul Groussac, sin ir más lejos, habían logrado convertirse en influyentes publicistas del ambiente intelectual de Buenos Aires. Ayudados, por un lado, por haber llegado a una aldea criolla que todavía no era la tan temida metrópolis en ciernes; avalados, por el otro, por sentirse legítimos personeros de una cultura francesa difícil de cuestionar, tanto el uno como el otro parecen haber sabido sacar provecho de aquella vana admiración de los nativos por todo lo extranjero (según luego sería denunciado) para afianzarse en los círculos letrados locales. Y culminarían por afianzarse, además, una vez que se unieran sin aparentes disonancias al coro de quejas y prevenciones que la clase letrada de abolengo argentino no dudaba en impulsar. De hecho, es Daireaux uno de los precursores del lamento de López: también el francés habría cumplido con la habitual tarea de emitir el acre lamento que denunciaba la vulnerabilidad de las democracias sudamericanas en las que cualquier improvisado se convertía en prestigioso referente de masas. Para prevenir males análogos en el país que había adoptado como propio, por su parte, Groussac viajaría a los Estados Unidos para inspeccionar el engendro desde cerca, y no tardaría en afirmar que la democracia en su versión estadounidense solo podría generar como tipo social poco más que un “homúnculo irrisorio y caricatural”. Luego de pasar revista por las oprobiosas aberraciones de la sociabilidad norteamericana, Groussac concluirá en que “la democracia absoluta, la tabla rasa de las tradiciones y el desdén de toda preocupación ideal, se traducen en lo especulativo por la mediocridad uniforme e incurable –que es la forma más perfecta de la igualdad–” (*Del Plata*, 424).³

3 En la evaluación que Mariano Ospina Rodríguez realiza del proceso de emancipación sudamericana, sin embargo, el modelo de sociabilidad estadounidense resulta ampliamente victorioso frente a su par francés. “Fue una gran desgracia para nuestro país que, en vez de las teorías y prácticas de la democracia norteamericana, pacífica, piadosa, tolerante, sinceramente liberal, laboriosísima y respetuosa de la propiedad, de la ley y de la autoridad, hubieran llenado las cabezas de una gran parte de los ilustres próceres de nuestra independencia, las ideas francesas de democracia y libertad, ideas exaltadas, violentas, rencorosas, pendencieras, quiméricas e incompatibles con las costumbres y hábitos de los habitantes de este país y con la marcha ordenada y prudente del Gobierno” (29).

La piedra de toque de estas preocupaciones, sin duda, la constituye una escandalosa igualdad frente a la cual el círculo letrado se abroquelará para hacer sentir su voz de protesta. Hacia fines de la década de 1890, el encargado de dar con el meollo de los temores de la intelectualidad nativa será José María Ramos Mejía con su tratado *Las multitudes argentinas*. En él se plasma como en pocos textos de la época el abigarrado abanico de ansiedades que se venían habiendo suscitado en los sectores letrados durante los últimos treinta años del siglo XIX. Pertrechado de su vasto arsenal evolucionista, Ramos Mejía destacará el carácter inevitable de los males que acarrea la inmigración (inevitabilidad que ubica su visión en pie de igualdad con la perspectiva de López), y apuntará al futuro como la maquinaria trituradora en la que se irán definiendo los rasgos de la nación del porvenir. En el ínterin, el observador de la clase notable porteña haría las veces de testigo azorado de los estragos que la igualdad dejaba tras de sí en la deteriorada sociabilidad local. De ahí que Ramos Mejía le proporcione al lector un nutrido utillaje del cual este se podrá servir para detectar a todos aquellos que, atrevidamente, pugnan por servirse de la igualdad que dice garantizar la democracia argentina haciéndose pasar por lo que no son. La tarea de moderar la amplitud democrática del país, de resultas, parece recaer en los personeros de la aristocracia nativa. Y la tarea de moderación se llevará adelante perfeccionando las aptitudes para implementar operaciones de detección e interpretación de aquellos rasgos equívocos que, si bien no pueden apreciarse a simple vista, se harán visibles para la mirada microscópica del especialista.

En el caso de *Las multitudes argentinas*, vemos que Ramos Mejía se concentrará en la figura del canalla, “el guarango que ha trepado por la escalera del buen vestir o del dinero, pero con el alma todavía llena de atavismos” (307). Apodándolo luego “burgués aureus”, Ramos Mejía somete al elusivo personaje a una meticulosa vivisección, sustrayéndole todos aquellos rasgos que mimetizan al canalla con el núcleo al que pugna por ingresar, al tiempo que concluye que “hay algo que escapa a la acción del tiempo y de la instrucción, algo que queda permanentemente en su alma, como persiste el lunar en la piel, a pesar de la renovación constante de su epitelio; algo que imitando la rudeza de la clasificación heckeliana yo llamaría el *apéndice de la canallería*” (307). Ramos Mejía dirá que, tal como subsisten en la anatomía humana ciertos órganos atrofiados que dan fe de la progenie de la especie humana, “así persisten en ciertos hombres hábitos y procederes morales que revelan inmediatamente el alma canallesca que les ha dado el ser” (308). De manera que el advenedizo seguirá siendo reconocible para quienes –desde un lugar superior en la cadena alimentaria de este peculiar ecosistema– se hagan de las herramientas necesarias para

poner en evidencia las fracturas internas de los intrusos: “Raspad ese barniz con que dolosamente ha cubierto la benevolencia social las grietas de esa *ánima maculata* y vais a ver cómo se dibuja inmediatamente el apéndice consabido, invalidando la amnistía que le ha conferido el sastre y la impunidad de algún diploma pomposo” (Ramos, 308).⁴

La intelectualidad chilena, por su parte, encontraba avenidas similares para señalar aspectos que no terminaban de cuajar pacíficamente en la sociedad señorial de las últimas décadas del siglo XIX. En su *Chile ilustrado*, por ejemplo, Recaredo Santos Tornero haría referencia al siútico como un tipo social grotesco y lastimoso que pugnaba por pasar por miembro de la clase decente en medio de una lucha constante por darle mayor aliento a su escuálido guardarropa: “Como usa cuellos y puños postizos saca de ellos todo el partido posible; después de usarlos al derecho y al revés, por dentro y por fuera, recurre a la miga de pan para borrarles las huellas de un uso más que moderado” (Tornero, 465).

De acuerdo con la perspectiva del pacato letrado chileno, aunque al siútico se le vea chorrear la pobreza hasta por los codos, el incorregible arribista insistirá: recurrirá a su único capital, la imaginación, para hacerse ver y allanar las abismales diferencias sociales a través de artilugios de variado pelaje. Así como Ramos Mejía veía en el inmigrante italiano y en sus hijos una portentosa plasticidad para adaptarse al medio, el siútico chileno se destaca también por su talento artesanal. El siútico evalúa su apariencia, realiza su diagnóstico y acomete la labor de camuflaje, haciendo tareas tenidas en menos por los hombres de buen tono: lustra sus zapatos, disimula “el color dudoso de sus medias”, acorta o alarga su único *jaquette*, y “por lo que toca a la corbata es cosa muy sencilla: entre sus amigas consigue pedacitos de gro o de lana en último caso, y él mismo se fabrica unas cuantas corbatas” (Tornero, 465).

José Victorino Lastarria, en tanto, vendría a introducir una variante en su lectura del arribismo social. Lejos de ver al siútico como una amenaza del presente, Lastarria prefería considerarlo como un personaje de la primera literatura de Alberto Blest Gana que ya había dejado de gravitar activamente en la sociedad chilena de fines de siglo. En su estudio de costumbres nacionales, Lastarria

4 Una visión representativa del temor de la clase letrada frente al auge de ingresantes universitarios de procedencia entendida como plebeya se puede consultar en “Doctomanía”, ensayo de costumbres del abogado Héctor Perdril publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* en marzo de 1903. La novela *En la sangre*, de Eugenio Cambaceres, se centra también en la representación de un hijo de inmigrantes que, en razón de la deficiencia de sus cualidades heredadas y adquiridas, no logra encontrar su lugar en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Véase asimismo la evaluación crítica que realiza Josefina Ludmer en su conocido trabajo *El cuerpo del delito*, especialmente en las páginas 23-139. De enorme interés, además, es el lúcido enfoque crítico de Gabriela Nouzeilles en *Ficciones somáticas*.

sostendría que el celebrado advenedizo chileno “solo existe en la imaginación de los necios que se consideran nobles en esta tierra de compadres, y que creen ver un siútico en cualquier mozo mal vestido, aunque sea de mérito y lleve un apellido ilustre, o en cualquier petulante que se encara con todos, sin distinguir canas ni antecedentes personales” (504). Según la lectura de Lastarria, entonces, ya no se encontraría al siútico sino en aquellos ejercicios de nostalgia que añoraban los dones de una sociedad de antaño; estructura vetusta que ya no se condecía con el momento que experimentaba la sociabilidad santiaguina a fines de siglo. El siútico, nos dice Lastarria,

era un advenedizo que tomaba su posición entre gentes de condiciones superiores a la suya, que era elegante y vestía siempre a la moda, aunque con ropa vieja, pero arreglada; que era gracioso en el hablar, gran remolador, guitarrista y cantor de linda voz y de donaire, siempre con telaraña en los bolsillos, pero convidado siempre a toda comida y a toda parranda, como buena chueca. (505)

De manera que Lastarria no duda en ubicar el término en el ámbito de un vocabulario arcaico y desprovisto de vigencia en la sociabilidad de la hora.

Sin embargo, la retirada del siútico que Lastarria aprecia en las evaluaciones contemporáneas de las costumbres chilenas no sería atribuible a la modernización de la sociabilidad local, sino precisamente a su creciente cerrazón. En este sentido, él ve un paralelismo entre la desaparición del siútico y la ausencia de singularidad en las costumbres chilenas de fin de siglo. Lastarria entiende que los siúticos ya se han plegado con variadas dosis de éxito a aquellos círculos a los que en otros tiempos pugnaban por pertenecer, mientras que, en el transcurso de ese arduo proceso, los diferentes estamentos de la sociedad chilena fueron consolidando el espesor de sus barreras para lograr la tan anhelada homogeneidad en sus respectivos círculos. Por consiguiente, Lastarria contempla con desazón la irrupción de una modernidad en la que impera ya no la movilidad social, sino una textura social monocromática que parece desmentir el triunfo del tan mentado progreso. No obstante, aquello que hace de él un intelectual con peso específico propio es que no duda en tomar distancia de un referente que, como veremos, continúa siendo utilizado como herramienta útil por la clase señorial chilena en momentos críticos en los que hay que “llamar a las cosas por su nombre”. A contramano del modelo taxonomista de su clase, entonces, Lastarria reitera su disgusto frente al vocablo en cuestión y lo tilda de vulgar, anacrónico y anticuado. Censura abiertamente, además, a aquellos que insisten en llamar siúticos a quienes progresan en la escala social gracias a su talento, accediendo de esa manera a los cuadros de aquello que Lastarria denomina la “aristocracia del trabajo” (505).

La evidencia compulsada, en tanto, le da la razón a Lastarria así como lo desdice. Por un lado, cierto es que el origen más visible de los tan temidos advenedizos se encuentra en novelas de mitad de siglo como *Martín Rivas*, en donde Blest Gana concibe a Agustín para pintar el retrato del siútico en quien se hacen carne todos los manierismos del afrancesamiento más aparatoso. Por el otro, no parece acertado afirmar que el término *siútico* hubiera caído en desuso, o que resultara un anacronismo hacia fines de siglo. Será el mismo Blest Gana quien en 1897 volverá a la carga para describir las chinganas, aquellos arrabales de mala fama en los que convergían las masas populares:

Los vagos, los ladrones, la negra escoria que los pueblos arrojan a sus arrabales formaban el fondo de esas chinganas donde los peones sin trabajo, los soldados con licencia, los siúticos de albahaca y de almizcle venían a echar un trago multiplicado hasta la embriaguez, a deleitarse en los nasales gorjeos de los cantares y en las exageradas contorsiones de la zamacueca a rompe y raja al son de la vihuela y el rabel. (517)

La tesis de la retirada del siútico del mapa mental de las preocupaciones de la alta sociedad chilena, además, no puede menos que resultar ampliamente refutada una vez que se repasan los textos que dan cuenta de la furiosa revolución parlamentaria que derrocaría al presidente José Manuel Balmaceda en 1891. De acuerdo con los ejes narrativos que Rafael Egaña le imprime al relato de la revolución, por ejemplo, la disputa entre el bando oficialista y el opositor contaba en cada sector con representantes cuyos sentidos de pertenencia echan luz sobre la importancia que los linajes sociales habían adquirido en la contienda.

Personificaban la resistencia a la dictadura las personalidades más altas de la comunidad chilena en el nacimiento, en el talento, en la fortuna, en la industria, en la política, en la milicia, en el clero, en todas las esferas de influencia y de prestigio; arrastradas por estas influencias todas las clases sociales se plegaron a las banderas del Parlamento. (Egaña, 31)

El contraste que elabora Egaña entre el sector parlamentario y el que apoyaba al presidente parece radicar en la ecuación resultante entre el debe y el haber que terminará dilucidando el patrimonio neto de los chilenos de pura cepa. A la prolongada enumeración de todo aquello que validaba los títulos de la mejor sociabilidad chilena, entonces, Egaña agregará con idéntico énfasis todo aquello de lo que los partidarios balmacedistas carecían:

mientras cuanto tenía algún valer personal y de representación formaba en las filas opositoras, el Presidente de la República, para encubrir su acusador

aislamiento, se rodeaba de advenedizos y desconocidos, gente de posición indefinida, sin títulos para entrar en la alta sociedad pero con pretensiones de sobreponerse al bajo pueblo, y que mantenidos forzosamente a gran distancia de la una y alejándose voluntariamente del otro, sin lazos con ninguno, forman una especie particular y característica de individuos a quienes se ha convenido en denominar *siúticos*. (31)

El inventario de carencias se irá incrementando a medida que Egaña continúe elucidando los caracteres propios del siútico, que parecen resumirse simplemente en todo aquello que el intruso no es, por un lado, y todo lo que nunca podrá ser, por el otro:

No son la clase media que vive tranquilamente su modesta vida de trabajo, y que sin desdén por el pueblo ni irritación por la clase elevada, se mantiene con cierta especie de autonomía en un centro propio, a igual distancia de los dos y respetada por ambos, porque saliendo del uno puede llegar, merced a la honorabilidad, a la inteligencia y al trabajo, hasta la otra; aquel es ordinariamente un *cursi* cuya dislocación social le infunde un mismo odio por las clases superiores que no lo aceptan a él, y por el pueblo a quien él desprecia. (31-32)

Como suele suceder en las articulaciones discursivas que se refieren al enemigo interno de una sociedad dada, las taxonomías sociales preexistentes no resultan adecuadas para producir un inventario de caracteres que definan al excluido de manera categórica. Sin duda, quienes elaboran las nebulosas categorías taxonómicas de la sociedad chilena se encargan de que la grilla –presentada para el caso como una realidad dada que mal puede admitir cuestionamientos– no contemple a aquellos que son considerados una amenaza para el orden establecido; o, dicho de otra manera, para los inventores del mecanismo que gobierna la lógica de la grilla.

El siútico, entonces, se define negativamente en el progresivo trayecto a través del cual se le sustraen más y más rasgos a una personalidad que, convenientemente, irrita a los notables chilenos porque elude las definiciones que el discurso señorial se rehúsa a conferirle. La sustracción, más aún, opera a diferentes niveles: pareciera que el mismo Balmaceda hubiera tenido que recurrir a ellos (los llamados “*balmasiúticos*”) precisamente por haberse encontrado con un vacío difícil de superar en su entorno íntimo. Al carecer prácticamente de todo –de notables, de sectores medios, de pueblo–, el presidente que retrata Egaña no tiene más remedio que rodearse de quienes no son nada ni nadie; aquellos quie-

nes, además, tienen la osadía de endilgarle al conflicto político un cariz clasista que el círculo de caballeros de la sociedad chilena se empeñará en ningunear con idéntica contundencia:

Esta misma estofa de colaboradores que solicitó el señor Balmaceda, o que aceptó mal de su grado por carencia de otros, fue la que más tarde se empeñó en propalar que la contienda civil que azotó al país era una guerra de castas; si eso no fuera absurdo, bastaría en contrario lo que se deja dicho: los “siúticos” no forman clase determinada, y a nadie pudo ocurrirse disputarles posición social o política que nunca tuvieron. (32)⁵

Desde una perspectiva un tanto más imparcial, Anselmo Blanlot Holley realizaba una evaluación de la revolución que ponía la mira en las estrategias puestas en práctica por el sector señorial santiaguino. Según la óptica de Blanlot Holley, fue la retórica de la moda aquella que comenzó a calar hondo en el seno de la oligarquía y, de esa forma, validar sus acusaciones. Los partidarios de Balmaceda serían calificados de cursis, de pijes y de siúticos y, como tales, merecedores de la más desdeñosa ridiculización. No obstante, Blanlot Holley observa que el medio más eficaz para lograr que ese desprecio cundiera en la sociedad chilena era la opinión del elemento femenino. Si es cierto, como señalaba Lastarria, que en ocasiones el apodo de siútico solía caerle “hasta” a jóvenes de apellido ilustre, y si a ello le añadimos la valoración que Egaña realiza del siútico como un insulto flotante y casi vacío de contenido preciso, resulta particularmente relevante interrogar el papel que las mujeres asumían de cara a la construcción social de este término. Porque, en una medida nada despreciable, uno de los caminos a través de los cuales un joven aspiraba a darle lustre a su posición social era ingresando al círculo dorado por medio del enlace matrimonial con una dama portadora de títulos sociales incuestionables.

En consecuencia, el calificativo proferido desde las filas formadas por el elemento masculino podía llegar a ser inclusive menos dañino que el mismo juicio emitido por una mujer. “No era solo el desdén olímpico de los hombres”, sentencia Blanlot Holley, “que al fin podía pagarse en idéntica moneda, sino la burla fina de las mujeres, su sarcasmo y su ironía, que marcaban con el dictado de *cursi*, como con caracteres de fuego, a los que combatían las pretensiones invasoras de

5 La nota al pie de página que cierra esta sección del libro de Egaña es particularmente ilustrativa con respecto al lugar indefinido que el círculo de notables chilenos le adjudican a la posición social del siútico. “Conocida es la frase con que una inteligente señora de Santiago clasificaba a los partidarios de uno y otro bando. En la oposición están todos los caballeros caballeros y los rotos rotos, con el Gobierno están solo los caballeros arrotados y los rotos acaballerados” (32).

la oligarquía” (248). De esta manera, aquellos jóvenes que bien podían sentirse inclinados a apoyar a Balmaceda, encontraban un poderoso factor disuasivo en el severo escrutinio de las señoritas de la mejor sociedad chilena. Señoritas que, además de hallar un idéntico incentivo en su comportamiento –para evitar resultar expulsadas ellas mismas de una pequeña comunidad “decente” jaqueada por el “qué dirán”–, encontraban su decencia tutelada por la Iglesia católica local. “Y como la generalidad de las mujeres, dominadas por el clero, y rindiendo pleito homenaje al demonio del orgullo, aplaudían a los congresistas y se pretendían nobles, la juventud [masculina] se veía muchas veces forzada a optar entre sus convicciones y sus sentimientos” (Blanlot, 248).⁶

La ardua misión de mantener a distancia a aquellos desconocidos que –allegados a las costas de la república merced al torbellino democrático– golpeaban las puertas de los palacios señoriales habitados por distinguidas doncellas encuentra a su vocero más preciso en “De cepa criolla”, un conocido relato que el escritor argentino Miguel Cané daba a luz en 1884. En él, Cané concibe a Carlos Narbal como un joven particularmente consciente de la posición de creciente vulnerabilidad social en la que parecen hallarse las niñas de la mejor sociedad porteña. Conversando con sus disipados compañeros de generación, Narbal los insta a que revisen sus conductas cotidianas para con las mujeres de su entorno, y les pide “más solidaridad con el restringido mundo a que pertenecen, más respeto a las mujeres que son su ornamento, más reserva al hablar de ellas, para evitar que el primer guarango democrático, enriquecido en el comercio de suelas, se crea a su vez con derecho a echar su manito de Tenorio en un salón al que entra tropezando con los muebles” (107-108). El fantasma del siútico, esta vez en clave argentina y con las variantes del caso, se hace presente para insuflar, en dos tiempos, el temor en los miembros del círculo selecto y la indignación en el protagonista del relato de Cané.

En la sentida arenga de Narbal, además, se hace inevitable reparar en la trilla con la que el relato hinca sus púas en un terreno saturado de semillas que, años después, germinarán en flor con el tratado sociológico de Ramos Mejía: la confusa vestimenta, la reciente riqueza, el posible diploma, las disimuladas torpezas; todo parece conspirar para convertir a la sociedad en un mundo habitado por extraños. Un mundo hostil, en definitiva, que ya no es tan inteligible como alguna vez parece haberlo sido, y que además, posee la vejatoria temeridad de poner en

6 En lo concerniente a las contiendas de orden sociopolítico alrededor de las cuales orbitaba el calificativo de siútico, véase el trabajo de Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Fin de siglo: la época de Balmaceda*.

tela de juicio la capacidad de lectura de quienes se autoproclamaron como los más agudos analistas de un entramado social del que alguna vez se sintieron, si no dueños, al menos carismáticos anfitriones. La ira de Narbal, entonces, no tarda en hacer su aparición frente a las intrépidas afrentas que la lógica de la nueva sociedad le asesta al grupo otrora elegido. “No tienes idea de la irritación sórdida que me invade, cuando veo una criatura delicada, fin, de casta, cuya madre fue amiga de la mía, atacada por un grosero ingénito, cepillado por un sastre, cuando observo sus ojos clavarse bestialmente en el cuerpo virginal que se entrega en su inocencia” (Cané, 108).

Como luego sucederá con Ramos Mejía, o como surge de la lectura que Egaña realiza del balmacedismo, pareciera que es a los miembros del círculo dorado a quienes les compete embarcarse en la labor de arbitrar los medios idóneos para impermeabilizar las membranas que, en el mejor de los casos, mantendrán a su clase inmune a los vaivenes de la nueva realidad democrática. En este sentido, Narbal articula esta labor en términos de un deber insoslayable: “Mira, nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, que es hoy la base de nuestro país” (Cané, 108). El deber que la lógica del relato de Cané le imprime a la misión también consiste en combatir el peso del número avasallante, salvaguardar los tan escasos como dignos estandartes de la elegante cofradía de notables; recuperar, en suma, aquella osadía perdida y atreverse a marcar las diferencias entre esferas dispares que coexisten –escandalosamente– en un ambiente que se empecina en elidir el lenguaje de las diferencias y establecer el imperio de la igualdad:

¿Quieren placeres fáciles [desafia Narbal], cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple, confusa, ofrece campo vasto e inagotable. Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio; cada día, los argentinos disminuimos. Salvemos nuestro predominio legítimo, no solo desarrollando y nutriendo nuestro espíritu cuanto es posible, sino colocando a nuestras mujeres, por la veneración, a una altura a que no llegan las bajas aspiraciones de la turba. Entre ellas encontraremos nuestras compañeras, entre ellas las encontrarán nuestros hijos. Cerremos el círculo y velemos sobre él. (108)

Mientras que en Argentina y en Chile las voces que denunciaban el meneguante privilegio se hacían sentir para contrarrestar el avance de todo aquello que se concebía como el lastre de fuerzas sociales que ganaban espacios a la zaga de un empuje de signo democrático, en Colombia el escritor José María Samper venía transitando senderos análogos. En *Historia de un alma*, autobiografía

publicada en 1881, Samper hace referencia a la invasión de que fuera objeto su domicilio durante la revolución del 17 de abril de 1854:

Mi criado había defendido el zaguán todo lo posible, y al cabo, al sentir que trataban de echar abajo las ventanas, había abierto el portón. Le maltrataron cruelmente, solo por ser mi criado, le llevaron preso a un cuartel y luego le tuvieron de soldado durante todo el tiempo de la guerra civil, dándole de palos con frecuencia. Tal era la recompensa que aquellos desenfrenados demagogos nos daban a los que habíamos sido los más ardorosos tribunos de la democracia. Por mi parte, reconozco que algo nos la merecíamos, pues con nuestras enseñanzas habíamos extraviado, sin quererlo, a una muchedumbre ignorante que aún no estaba educada para el gobierno verdaderamente democrático. (289)⁷

Las muchedumbres irrumpen en escena nuevamente para dar cuenta de las dificultades que experimentaba la intelectualidad criolla de cara a una democracia cuyos caracteres difusos eran todavía difíciles de circunscribir con precisión. Así es que Samper define la forma democrática de gobierno en virtud de su complejidad y consecuente peligrosidad:

Ninguna forma de gobierno podía requerir de parte de los gobernantes mayor caudal de experiencia, de ciencia del derecho, y de la economía de las sociedades, que la democrática, y por tanto, al no estar muy bien educadas las muchedumbres e ilustradas las mayorías populares, dueñas del sufragio y del poder, nada podía ser más peligroso que la dominación del número, muchas veces sobrepuesto a la inteligencia y la virtud. (487)

En una línea argumentativa que en más de una ocasión se superpone con los reparos de Groussac y de Ramos Mejía, Samper entiende que el ideal democrático encuentra dificultades para operar en el tejido de una sociedad colombiana que, según parece, también mezcla el brillante bordado de los ideales de libertad con la “tela sucia” a la que hacía referencia Belín Sarmiento en su ensayo de 1891.

En otro pasaje de su autobiografía, Samper se adentra en los laberintos de su más íntima conciencia para intentar entender cuáles son las formas de gobierno que mejor se adecúan a la prosecución de la felicidad de los hispanoamericanos. El yo autobiográfico de Samper realizará una suerte de travesía

7 *Francisco Conde*, novela romántica que Samper publica en 1875, da plena fe de que en ese momento el escritor colombiano atesoraba una ardiente apreciación por la libertad democrática que, en *Historia de un alma*, parece haberse entibiado en virtud de las persistentes bataholas de las facciones de la era en cuestión.

crítica por diferentes países del mundo para evaluar sus formas de gobierno, y se detendrá por un instante en Francia para observar que

el espíritu democrático, siempre exagerado por la pasión de la igualdad, venía arrastrando a los franceses alternativamente a uno de dos abismos: el rojismo comunista, fruto de la exaltación de la envidia popular; o el socialismo cesariano, el despotismo del sable y de la corrupción bonapartista, frutos del sofisma de igualdad con que engañaba al pueblo el poder militar. (487)

No obstante las falencias del modelo francés, el pináculo de la requisitoria política llegará cuando Samper se ocupe con detenimiento de las taras políticas de los Estados Unidos. Así como Groussac había dicho experimentar una profunda repulsión por la sociabilidad norteamericana y sus costumbres, Samper también se pronunciará en similar sentido. El colombiano sostendrá que

en los Estados Unidos de América, la gran diversidad de sectas cristianas solo había conducido a estos resultados: formar un gran conglomerado social, audaz sin escrúpulos, sin ningún sentimiento estético ni verdadero carácter nacional; encaminar la democracia hacia un materialismo puramente calculador, propio solo para rebajar los más nobles instintos del alma y convertir la idea suprema del derecho en asunto de *fuerza y éxito*; y dejar en pie la formidable cuestión de la esclavitud, como un germen de conflictos que solo una espantable guerra podía suprimir, en un sentido u otro, pero siendo también un semillero de futura desmoralización. (494)

En Brasil, en tanto, la irrupción de la Primera República en 1889 también parecía haber generado un trastocamiento general de los valores inherentes a los círculos sociales que hasta entonces habían dominado durante el Imperio. Sin ir más lejos, el mismo Deodoro da Fonseca no tardaría en dejar en claro que una de las banderas principales de la acometida republicana era mantener la empresa dentro de las filas militares y prescindir absolutamente de las “casacas”, apelativo que entonces se utilizaba para aludir a los miembros de la élite burocrática y administrativa que había crecido a la sombra del poder imperial.⁸ Sumado a tales prevenciones, el advenimiento de la república se yuxtapondrá con la irrupción del “encilhamento”, una fiebre especulativa centrada en la Bolsa de Comercio que

8 Así lo evalúan José Murilo de Carvalho en *Os bestializados* y Lincoln de Abreu Penna en *Por que somos florianistas?: ensaios sobre Florianismo e Jacobinismo*. Abreu Penna dice que “a conduta de Floriano era exatamente o oposto dos *casacas*. A origem sertaneja, e as experiências que acumulou em suas andanças político-administrativas, reforçaram o profundo desprezo e a eterna desconfiança em relação às elites políticas” (120).

atraería un ejército de especuladores al festín y que sería denunciada de manera contundente en la novela homónima del Visconde de Taunay. En efecto, en *O encilhamento: scenas contemporâneas* Taunay se sitúa como narrador de costumbres de un tiempo presente que –como en el caso de López– parece encontrarse guiado por variables estrictamente materiales que operan en detrimento de los valores espirituales de un pasado fecundo en probidad pero irremisiblemente derrocado. La celeridad de la lógica industrial, hermanada en este caso con la democracia, se constituye para la voz narrativa en el poderoso barco insignia de un “ordem e progresso” refractario a las pretéritas virtudes de una patria que se halla ahora en jaque:

a industria; democratica nos seus intuitos, célere nos resultados, a fazer a felicidade dos operarios, a valorisar e tresdobrar os capitaes dos plutocratas, sempre em avanço e a progredir, typo da verdadeira energia americana e a desbancar, com os seus innumerados machinismos, que dispensariam quasi de todo o auxilio braçal, tudo quanto pudesse haver de melhor e mais aperfeiçoado nos mercados estrangeiros ! (Taunay, 10)

Menezes, el protagonista de la novela, es representado como un hombre que apenas si hace pie en el momento en el que vive. Acosado por los logros financieros de quienes participan en operaciones bursátiles, por políticos exitosos pero corruptos, por una mujer casada que plantea alternativas reñidas con el ideal de la virtud, Menezes no puede menos que convertirse en el emblema de la indecisión, para luego caer estrepitosamente en las tentaciones que despoblaron su mente de certezas. Es así que, sumido en sus prevenciones iniciales, Menezes suele interrogarse sobre si no sería mejor para su vida unirse al festival del presente y dejar de lado todo incómodo prurito:

Que melhor programma para toda uma existencia ? Que maiores applausos conseguir do circulo de que fazia parte, sobre tudo n'aquelle periodo, talvez longo, de subversão geral, de convulsão hierarchica, de verdadeira moxinifada, tudo perturbado, todas as noções pervertidas, todas as idéas mescladas, do direito para o avêssô, no mais vertiginoso e extraordinario redomoinho ? (Taunay, 51)

En medio de un torbellino en el que impera la lógica del mundo al revés, el centro de gravedad se desplaza, el orden conocido se resquebraja –“la democracia se mueve”, al decir de Belín Sarmiento–, y todo aquello que hasta el momento había hecho de Menezes un hombre prudente, perteneciente de pleno derecho a una comfortable clase social con tracción propia, se desvanece ante sus ojos.

La línea del enriquecimiento deshonesto que explora Taunay, por cierto, encuentra variadas expresiones gemelas en el Río de la Plata, de las cuales la novela de Julián Martel, *La Bolsa*, es su exponente más destacado. Pero es José Enrique Rodó quien halla en *Ariel* el registro de mayor precisión argumentativa para unirse al coro de lamentos de la hora. En efecto, con *Ariel* el escritor uruguayo logra trenzar los hilos sueltos de las variopintas quejas del momento, y así exponer de qué manera el promiscuo acceso a la riqueza se constituye en el dispositivo regulador de los males derivados de una democracia mal entendida y peor implementada. En otras palabras, lo que *Ariel* viene a poner de relieve es que el meollo del descalabro en el seno de las jerarquías sociales criollas no estriba en la desfachatez del siútico, en la manito de Tenorio del guarango democrático, en la caradurez política y financiera del primo de Menezes, o en la irrupción de esa aristocracia de utilería que denuncia el escritor mexicano José Rivera y Río en *Pobres y ricos de México*. Según parece entenderlo Rodó, estas manifestaciones discordantes que convierten el paisaje social de la época en una partitura ilegible no son más que las palmarias consecuencias de un mal en el que las particularidades de las democracias hispanoamericanas no son un dato menor, sino que constituyen precisamente su núcleo más tenazmente arraigado.⁹

Así es que Rodó evalúa la conjugación entre superioridad material y prosperidad económica como factor que incide de manera virtuosa en el ámbito de la verdadera civilización, pero que en el seno de las mediocrizantes democracias latinoamericanas “constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía” (26). Mientras que Samper definía la forma de gobierno democrática como aquella que mayor idoneidad requería para encauzar sus engranajes políticos de manera eficaz, Rodó también situará la democracia en un lugar de excepción, pero desde la lógica de la carencia. En efecto, Rodó dirá que la democracia “carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura” (24). De modo tal que la democracia que él ve operar en América Latina acabará con los mecanismos que hacen posible que los mejores se destaquen. Como algunos años atrás lo juzgaba Groussac, Rodó entiende que el predominio de la cantidad sobre la calidad es el talón de Aquiles de aquella forma de gobierno cuyo rasgo más inquietante parece ser la igualdad. Igualdad que, según su valoración, terminará descalabrando los más elevados ideales que fundaron a las repúblicas del continente de no ser acotada por estrictos límites: “Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la

9 Véase el estudio de Diego Alonso, “José Enrique Rodó: una retórica para la democracia”.

igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad” (Rodó, 31).

Rodó no duda en situar sus observaciones en un lugar aledaño al de sus pares argentinos para evaluar aquellas áreas de conflicto que habían hallado su referente más avezado en Ramos Mejía.

El presuroso crecimiento de nuestras democracias, por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aún débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad. (Rodó, 25)

La aceleración en el crecimiento poblacional de las ciudades sumada a la tan meneada igualdad, de acuerdo con una visión a la que Cané también tendrá mucho que aportar, no debería ceder frente a las jerarquías preexistentes y a los términos de un convenio implícito en virtud del cual los recién llegados deberán avenirse a existir como ciudadanos respetuosos de su posición de aprendices ávidos de ganarse el favor de los notables.¹⁰

A fin de lograr que ese convenio entre en vigencia, la clase letrada de la hora pensará la educación como el medio más apto para infundir los valores del distinguido círculo dorado.¹¹ Si Ramos Mejía había dicho que los recién llegados no sienten como los miembros de la aristocracia criolla, si José Manuel Estrada

10 En el tratado que Cané escribe en 1899 a fines de promover la expulsión de extranjeros peligrosos, la idea de este acuerdo tácito aparece de manera meridiana cuando dice que “esta amplia e ilimitada hospitalidad reposa sobre un contrato tácito entre el que llega y el Estado que le recibe, pues si el primero tiene derecho a la protección de este, es a condición de merecerla” (17-18).

11 Un artículo anónimo publicado en el periódico limeño *El Ateneo*, titulado “El problema de la educación”, plantea una perspectiva similar a las ya mencionadas: “Una falsa teoría de la *democracia* o gobierno del pueblo la ha confundido con la *oclocracia* o gobierno del populacho, creando ese despotismo de las multitudes más funesto que el régimen oligárquico. Se ha pretendido un imposible, una absurda nivelación de todas las aptitudes, en nombre de la igualdad y de la democracia, y para llegar a ella no se ha levantado a los humildes hasta la altura de los más poderosos, sino que se ha desacreditado las clases superiores destruyendo su prestigio para hacerlas descender hasta los puños crispados de los que se agitan, llenos de malas pasiones, en las bajas capas sociales; no se ha comprendido, o querido comprender, que si el pueblo, si la democracia es fuerza, necesita ser también dirección para ser un verdadero poder, un poder fecundo en benéficos resultados” (145).

abogaba por una educación a través de la cual “no se realizará la fecunda igualdad de la democracia sino levantando el nivel intelectual y moral de los elementos sociales que la colonia deprimió y las guerras civiles ensangrentaron” (469), Rodó encontrará avenidas análogas para sentar, sin más, las bases de una “aristarquía”. En ella, sus mansos ciudadanos obrarán con deferencia ante las superioridades tácitas que imperarán en una sociabilidad en la que el obediente rebaño solo podrá participar con los permisos que cada caso amerite: “Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano” (Rodó, 29). El número innoble, desde esta perspectiva, cederá el lugar de prominencia que le adjudican las cifras no para imponer la tan lamentada tiranía de la multitud, sino para ponerse al servicio de quienes se entienden –desde un cada vez más pequeño reducto dirigente– como naturales depositarios de los verdaderos valores de la forma de gobierno democrática y severos guardianes de sus peligrosos desbordes.¹²

Impelido por el desastre de 1898, Rodó hallará un caso de contraste ostensible –además de propicio– en los Estados Unidos para redondear su argumento. Así repujará el escritor las facciones de un rostro temible, dotado a su vez de la entidad necesaria para advertir sobre lo que bien podría ocurrir en un futuro cada vez menos lejano con los altos valores intangibles –el ideal, el alma, el espíritu– de la civilización hispanoamericana. En este orden de cosas, el uruguayo remozará con altura analítica las reservas que los intelectuales de su tiempo ya habían venido expresando con respecto al gigante del norte. Intelectual orgánico del porfiriato, por ejemplo, Justo Sierra había llamado la atención sobre esa poderosa democracia americana, que “tiene a los de arriba y quisiera tener también a los de abajo”, al tiempo que advertía que “una democracia es un sueño; una democracia es una aristocracia constantemente asaltada por los que quiere entrar en ella” (21). En *Del Plata al Niágara*, en tanto, Groussac había traducido a la Tocqueville –y para beneficio del público hispanoamericano– los grandes males

12 Rama explica el *impasse* conceptual en torno a las democracias hispanoamericanas de fin de siglo diciendo que la democratización resultante de la modernidad burguesa “por un lado instituía los mecanismos del desarrollo económico, respondiendo a la incitación externa; por el otro procuraba contener a la población que convocaba a esas tareas, tratando de mantenerla en una anterior sujeción” (17). En una formulación similar que antecede largamente a la de Rama, Natalio Botana había acuñado en su trabajo *El orden conservador* los conceptos de *república abierta* y *república restrictiva* para explicar –en el contexto argentino– la difícil convivencia de principios políticos que, a primera vista, podían parecer, en el mejor de los casos, incompatibles, y en el peor, directamente impracticables.

que representaba el despotismo de las masas, y en *El viaje intelectual* redoblaría la apuesta cuando dijera que la civilización hispanoamericana “mira erguirse un enemigo más formidable y temible que las hordas bárbaras, a cuyo empuje sucumbió la civilización antigua. Es el yanquismo democrático, ateo de todo ideal, que invade el mundo” (100). Samper, como hemos visto, se valía de similares reparos para expresar las tensiones que generaba la posibilidad de incorporar nuevos actores masivos sin un cuidadoso análisis de sus títulos personales, como parecía ocurrir en los Estados Unidos.

La veta crítica de la que Rodó se sirve para denostar sin ambages el imperio del utilitarismo insistirá en el grandioso crecimiento del pueblo americano y en los peligros que emanan de que similares evoluciones ocurran en el ámbito hispanoamericano. “El utilitarismo”, advierte Rodó, “vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda alcanzarán, con él, su último triunfo” (44). De la mano del utilitarismo, según lo entiende el uruguayo, se aprecia en los Estados Unidos la irrupción de satélites igualmente monstruosos: los trusts, los monopolios, la plutocracia y el desdén consiguiente por los ideales que deberían imperar en una civilización madura. Porque uno de los puntos flacos de este gigante que Rodó admira pero teme es precisamente su carácter incompleto; todo lo que Rodó estudia de la democracia del norte se encuentra en pañales, y los pasos que da el palurdo hacen prever una peligrosa falta de cuidado en esa marcha frenética en pos del lucro que, de modo preocupante, se puede hallar sin dificultad en los miles de inmigrantes que arriban desenfrenadamente a las costas del Río de la Plata. En los Estados Unidos, entonces, en ese referente que debería servir a los hispanoamericanos de espejo que refleja un futuro calamitoso, las borrascas se producen precisamente por los mecanismos de control que ceden y desfallecen ante el poder avasallador del materialismo.

La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta a contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. (Rodó, 43)

La labor que acomete Rodó para conjugar la amplia gama de vectores discursivos con los que sus precursores habían dejado constar su desasosiego frente a las aceleradas transformaciones en la sociedad de su tiempo, ante todo, pone en cuestión el alcance de la palabra escrita en el siglo XIX. Empeñados en resucitar aquel cartabón que sacara a relucir los quilates de una actividad intelectual difícil

de sopesar (cartabón que, para mayor dificultad, solo se podía poner en valor si se lo situaba en las antípodas del frío número), la intelectualidad latinoamericana fatigaba adjetivos y retractaciones de cara a la irrupción de un vocabulario que parecía minar los fundamentos más caros al sentimiento del círculo letrado. La paradoja, por llamarla de alguna manera, es que aquellos urticantes vocablos (democracia, inmigración, libertad, igualdad, etc.) –sentidos hacia fines de siglo como pertenecientes a un extravagante dialecto– no eran sino parte integral de la estela discursiva que el lenguaje inherente al círculo dorado había venido forjando con tesón intelectual y astucia política. Quienes con la puerta del estudio firmemente entornada se habían erigido en propietarios de la letra de molde veían ahora con estupor el desgajamiento progresivo de los títulos en los que habían plasmado con bordados “de seda y oro” ideales cada vez más difíciles de sostener, especialmente si aquellos títulos se querían conservar al alcance de unos pocos. Los caracteres que las más agudas plumas de la clase letrada habían trazado alguna vez con orgullo, de resultas, eran precisamente aquellos que a fines de siglo retornaban para permitir que se forzaran los cerrojos y se hicieran ceder los goznes de los portones del templo sagrado. Retrocediendo frente a los debates de la modernidad, asediada por las impurezas de sus propias palabras, la intelectualidad latinoamericana parece haber transitado una ruta escabrosa: no tanto por los giros discursivos que los intelectuales más notables del continente no pudieron prever, sino más bien en razón de todo aquello que sus engorrosos intentos por cercenar el alcance de sus pretéritas formulaciones vendría luego a opacar.

Obras citadas

- Abreu Penna, Lincoln de. *Por que somos florianistas?: Ensaios sobre Florianismo e Jacobinismo*. Río de Janeiro: E-papers Serviços Editoriais, 2002.
- Alonso, Diego. “José Enrique Rodó: una retórica para la democracia”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 25.2 (invierno de 2001): 183-197.
- Belín Sarmiento, Augusto. *Una república muerta*. Buenos Aires: Imp. Lit. y Enc. Mariano Moreno, 1892.
- Blanlot Holley, Anselmo. *¡Revolución!: Novela histórica americana*. Buenos Aires: Imp. de Obras de J. A. Berra, 1894.
- Blest Gana, Alberto. *Durante la reconquista: novela histórica*. Vol. 1. París: Garnier Hermanos, 1897.
- Botana, Natalio. *El orden conservador*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.
- Cambaceres, Eugenio. *En la sangre*. Buenos Aires: Imprenta Sud-América, 1887.
- Cané, Miguel. “De cepa criolla”. *Prosa ligera*. Buenos Aires: Biblioteca Jockey Club, 2004, 98-108.

- *Expulsión de extranjeros (apuntes)*. Buenos Aires: Imprenta de J. Sarrailh, 1899.
- Egaña, Rafael. *Historia de la dictadura y la revolución de 1891*. Vol.
1. Valparaíso: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1891.
- Estrada, José Manuel. “De la virtud democrática”. *Revista Argentina* 2 (1868): 460-474.
- Groussac, Paul. *Del Plata al Niágara*. Buenos Aires:
Administración de La Biblioteca, 1897.
- *El viaje intelectual: impresiones de naturaleza y arte*. Madrid:
Librería General de Victoriano Suárez, 1904.
- Lastarria, José Victorino. “Un estudio de costumbres nacionales”. *Certamen Varela: Obras premiadas i distinguidas entre las noventa composiciones presentadas al certamen literario promovido en 1887*. Vol. 2. Federico Varela (coord.). Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1887, 502-518.
- López, Lucio V. “Discurso del Dr. D. Lucio V. López”. *Anales de la Universidad de Buenos Aires*. Vol. 6. Buenos Aires: Imprenta de Martín Biedma, 1891, 284-295.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito: un manual*. Buenos Aires: Perfil, 1999.
- Murilo de Carvalho, José. *Os bestializados: o Rio de Janeiro e a República que não foi*. São Paulo: Companhia das Letras, 1987.
- Nouzeilles, Gabriela. *Ficciones somáticas: nacionalismo, naturalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina, 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.
- Ospina Rodríguez, Mariano. *Biografía del Dr. José Félix de Restrepo*. Medellín: Imprenta de La Libertad, 1888.
- Perdriel, Héctor. “Doctomanía”. *Revista de Derecho, Historia y Letras* 5.15 (marzo de 1903): 11-16.
- “El problema de la educación”. *El Ateneo: Órgano del Ateneo de Lima* 3.14 (agosto de 1900): 130-151.
- Rama, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*.
Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.
- Ramos Mejía, José María. *Las multitudes argentinas*.
Buenos Aires: Félix Lajouane, 1899.
- Rodó, José Enrique. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Rojas, Rafael. *Las repúblicas de aire: utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. México D. F.: Santillana, 2009.
- Samper, José María. *Florencio Conde: escenas de la vida colombiana. Novela original*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1875.
- *Historia de un alma: memorias íntimas y de historia contemporánea*.
Bogotá: Imprenta de Zalamea Hermanos, 1881.
- Sierra, Justo. *En tierra yankee (notas a todo vapor)*. México D. F.:
Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1898.

- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Fin de siglo: la época de Balmaceda*. Vol. 2. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997.
- Taunay, Visconde de. *O encilhamento: scenas contemporaneas*. Vol. 1. Río de Janeiro: Livraria Moderna, 1894.
- Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Tornero, Recaredo Santos. *Chile ilustrado: guía descriptivo del territorio de Chile*. Valparaíso: Librerías i Agencias del Mercurio, 1872.